

ESPACIO Y TIEMPO EN EL PERIODO FORMATIVO: ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Peter Kaulicke^a

Resumen

Las reflexiones finales enfatizan la relevancia de esta colección sustancial de contribuciones. De particular importancia es la arquitectura monumental, que se inicia de manera muy temprana y se presenta en forma de secuencias. Esta arquitectura, por lo tanto, define historias locales, transmite identidad, memoria, así como ideas cosmológicas y cosmogónicas en su calidad de centro ceremonial, organiza el paisaje y se establece como lugar central en un sentido económico, social y político. Como tal desempeña un papel sustancial en las esferas de interacción.

Palabras clave: arquitectura monumental, secuencias constructivas, identidad, memoria, paisaje, esferas de interacción

Abstract

SPACE AND TIME IN THE FORMATIVE PERIOD: SOME FINAL REFLECTIONS

These final reflections stress the relevance of this substantial collection of papers presented in both volumes of the Boletín. Monumental architecture is particularly important with early beginnings, long construction sequences, and, as such, testimony of local histories, identities and memories. It transmits cosmological and cosmogonic ideas as ceremonial centers and organizes the landscape, and thus can be defined as central places in an economic, political and social sense. As such, it is of major relevance to the establishment of interaction spheres.

Keywords: monumental architecture, construction sequences, identity, memory, landscape, interaction spheres

1. Introducción

Con esta impresionante colección de presentaciones de datos en este y el número anterior del *Boletín*, las que en su mayoría son recientes y/o inéditas, se está dando un paso significativo hacia el esclarecimiento del tiempo y el espacio durante los varios milenios de su duración total desde los inicios de la complejidad social en los Andes centrales al final del Periodo Formativo. Una especie de hilo conductor en la mayoría de ellos es la arquitectura, por lo que debería ser el primer punto por tratar en estas reflexiones.

2. La relevancia de la arquitectura como materialización del tiempo

La preocupación por entender la arquitectura, en particular la de carácter monumental —si bien bajo el nebuloso concepto de centro ceremonial, que se tratará más adelante—, ha recibido poca atención en cuanto a su utilidad como vehículo cronológico; incluso fue considerada una especie de estorbo en el afán de obtener cronologías por medio de la seriación de cerámica, un tipo de análisis que estuvo de moda en las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado (véase Kaulicke 2010: cap. 1).

^a Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades.
Dirección postal: av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú.
Correo electrónico: pkaulic@pucp.edu.pe

La presencia muy temprana de la arquitectura monumental en una serie de valles en la costa norte y norcentral del Perú y menos conocida en la sierra (véase, *u.g.*, aporte de Yamamoto en el número anterior, fuera de los sitios de la tradición Mito [Bonnier 1997]) —que se inicia mucho antes de lo que se presumía hace pocas décadas— obliga a replantear algunos problemas fundamentales. Uno de los primeros es su reconocimiento en el campo. Como señalan Fuchs *et al.* y, sobre todo, Bischof en sus trabajos respectivos de este número, esta arquitectura no suele estar a la vista sino enterrada, a veces, debajo de sedimentos de notable grosor tanto debido a fenómenos naturales como —y esto parece ser más frecuente— a causa de superposiciones. Aun cuando estos vestigios están sobre la superficie actual (al menos en parte), su reconocimiento puede resultar difícil debido a esta cobertura de material «natural» (Áspero, Bandurria, y otros, véase Feldman 1985; Chu 2008a, 2008b). Esta dificultad conllevó la aplicación del principio de la evidencia negativa, es decir, de tomar una supuesta inexistencia por ausencia real, pero es bien sabido que «la ausencia de la prueba no es prueba de la ausencia». Expresado en otras palabras, debería iniciarse una estrategia más eficiente en la ubicación de este tipo de vestigios. El caso de Fuchs y colaboradores, quienes usaron métodos geofísicos con el fin de ubicar arquitectura debajo de la superficie actual, aun es un ejemplo aislado, pero debería aplicarse de un modo sistemático. Sin embargo, esta estrategia solo tiene sentido cuando está acompañada de excavaciones. Estas no deberían limitarse a sondeos cuyos resultados no son significativos en sitios de grandes dimensiones. Ya que la legislación del patrimonio peruano prohíbe el retiro, inclusive parcial, de construcciones que cubren otras precedentes, el arqueólogo se enfrenta a una lógica impuesta: las últimas fases de construcción son las mejor conocidas, ya que permiten su estudio razonablemente completo —si el arqueólogo se lo propone—, mientras que las primeras fases son poco más que desconocidas (muros y pisos en partes muy reducidas, restos orgánicos para el fechado radiocarbónico de contextos poco aclarados, entre otros). Esta lógica sería nefasta si se la aceptara como una fatalidad inevitable. Es preciso, más bien, ubicar lugares en un sitio de estas características que permitan llegar a las fases iniciales y, al mismo tiempo, evitar destrucciones innecesarias.

Por estas razones, es aún prematuro entrar en el debate acerca de cuál es el sitio más temprano y qué región es la más privilegiada como para obtener el «premio» de ser nominada como el lugar de «origen de la complejidad social» o, de modo más modesto, del inicio de la arquitectura monumental. Por otro lado, queda establecido, de un modo incuestionable, que esta debe ubicarse más allá del tercer milenio a.C. Fuera de estos logros impresionantes hay otro aspecto aún más importante. Queda cada vez más claro que, desde el inicio de la arquitectura monumental, rige el principio de la superposición de construcciones en secuencias que pueden cubrir un lapso de varios siglos o se abandonan después de ocupaciones breves, pero, aun en estos últimos casos, ligados al principio del enterramiento. Este fenómeno fue descrito y discutido en detalle por Matsuzawa (1972a, 1972b; véase, también, Bonnier 1997) para los casos de Kotosh (fase Kotosh-Mito), llamado *entombment* por él (Matsuzawa 1972b: 176) y renovación por parte de Onuki (1993). La secuencia arquitectónica de este sitio es compleja debido a la presencia de eventos mayores y menores, como construcciones y remodelaciones en dos plataformas de diferentes niveles con restos de una tercera. Esto implica que el enterramiento es parcial y hay construcciones de dos pisos. En general, este «enterramiento» presenta variantes de la manera siguiente: a) los muros se mantienen intactos y se rellenan los interiores en la misma secuencia usada para la formación de pisos, b) se demuelen las paredes y se sella el piso antes de construir otro encima y c) se remodelan los pisos y se construye un edificio alrededor de ellos. Cada paso de estos está reflejado, también, en quemados de objetos, la colocación de «ofrendas» y el uso de colores específicos para los rellenos, los pisos y las paredes interiores.

En Çatal Hüyük, del Neolítico del sureste de Anatolia, que es un *tell* con frecuentes superposiciones de construcciones, Hodder y sus colegas (Boivin 2000; Kuijt [ed.] 2000; Hodder 2005, 2006; Matthews 2005) reconocen pasos de transferencia y transformación que forman una analogía con la vida humana, por lo que la casa, en sí, está considerada como un organismo viviente (véase Waterson 1990; Carsten y Hugh-Jones 1995). Los habitantes, por lo tanto, se insertan en estos ciclos, cuyas duraciones se dejan precisar por estudios detallados de las renovaciones repetidas de pisos y enlucidos de las paredes (eventos anuales o aun intraanuales) que —en el caso de Çatal Hüyük— se puede calcular en un lapso de entre 70 y 100 años, lo que corresponde a unas cuatro o cinco generaciones. De este modo, los habitantes adquieren una identificación con particularidades de los interiores de estas construcciones, sean estas de orden «doméstico» o ritual, probablemente en eventos cíclicos como comidas comunales, ritos de incorporación

social, ritos conmemorativos, funerarios, entre otros, que pueden convertirse en motivo para la renovación de una estructura. Esta erección de un edificio sobre otro implica una transferencia de objetos de la construcción anterior a la nueva. Muchas de estas prácticas se relacionan con la memoria y con lo que Hodder llama historia (Hodder 2005, 2006). Este autor hace una distinción entre los mitos difundidos durante mucho tiempo y la historia basada en genealogías de linajes que ocupaban las casas del sitio referido. Una se presenta como una especie de memoria generalizada y de larga duración, con vínculos indirectos con el presente, y la otra es de corta duración, con vínculos más o menos estrechos con el presente. Sus filiaciones con pasados específicos se plasmaron, y se reafirman, con objetos concretos que pertenecían a una realidad pasada que está presente «debajo de sus pies». Este pasado materializado puede vincularse, visiblemente, con el ciclo humano en la forma de contextos funerarios insertados en momentos fijos de estas secuencias.

De todo ello se desprende que las superposiciones obedecen a ritmos variables en el sentido de series de eventos de breve duración que preceden al funcionamiento de la construcción y, luego, eventos más espaciados de dilatada persistencia, así como otros eventos más seguidos que resultan en la «muerte» del edificio y su «regeneración» en otro nuevo con el que se reinicia esta historia concatenada. Esta historia puede extenderse a dimensiones relativamente grandes de varios siglos en los que la memoria se mantiene de un modo relativamente constante y conexo. Pero no es solo la historia «escondida» la que promueve la memoria, sino que existe otra más directa en aquellos casos en los que la arquitectura abandonada se mantiene visible fuera de la reutilización de elementos de fases anteriores.

Estos principios pueden resultar aceptables, pero su conversión en datos cronológicos que reflejen estas secuencias resulta algo complicada en el caso peruano. Parece que en el Perú no se ha prestado mucha atención al reconocimiento de series de renovaciones de pisos o enlucidos, mucho menos a la ubicación de material orgánico relacionado que pueda fechar estas mismas. Tampoco se ha fechado con frecuencia el material orgánico en los adobes —pese a que este suele consistir de plantas de corta vida por lo que sirven de indicadores bastante cercanos al momento de las actividades constructivas—, ni se ha usado con mayor reiteración el método de la luminiscencia con estimulación óptica (pero, véase aporte de Rick *et al.* este número) para fechar el mortero usado en casos de arquitectura de piedra. Visto de esta manera, en vez de contentarse con fechados «flotantes», los arqueólogos pueden recurrir a la precisión de los fechados con la intención de captar fases constructivas en su duración más precisa es posible, pero esto requiere de mayor sofisticación en la documentación y la extracción de muestras. Pese a la escasez de la aplicación de estas técnicas, en los ejemplos presentados en estos dos números del *Boletín* se advierte que las fases constructivas son, a menudo, más finas que las de la cerámica asociada. ¿A qué se debe esta incongruencia? Probablemente a la escasez de contextos de cerámica diagnóstica que, en forma segura, pertenecen a una fase arquitectónica definida. Este problema se acentúa más aún en los casos de la ausencia de esta categoría material como en la arquitectura «precerámica».

Esto lleva a otro punto de relevancia. Si bien es evidente, por lo expuesto, que las secuencias arquitectónicas son de suma importancia para la elaboración de secuencias cronológicas, estas son «verticales», en el sentido de que están fijadas en un lugar específico dentro de un paisaje concreto con el que conforman una unión intrínseca (véase más adelante). Son expresiones de historias de lugares cuya contingencia no permite generalizaciones en el sentido de una periodización, pero son contenedores de materiales que los conectan con otros lugares y —como se verá más adelante— también son artefactos en el sentido de expresiones estilísticas. Las definiciones originales del Periodo Formativo —o, más aún, del binomio Periodo Inicial-Horizonte Temprano u Horizonte Chavín— se basan en la cerámica por el simple hecho de que esta aparece en la mayoría de los contextos disponibles en cantidades analizables y exhibe cambios morfológicos y decorativos con la velocidad suficiente para servir de indicador cronológico. En ausencia de la cerámica, su papel debería ser asumido por la industria lítica. Esta es la lógica del esquema cronológico de Rowe y es la lógica en las elaboraciones de cronologías en otras partes del mundo. De este modo, una expresión como «Formativo Precerámico» no tiene sentido como analogía con el PPN (Pre-Pottery Neolithic) del Cercano Oriente, ya que la cronología de este Neolítico está definida, en primer lugar, por las industrias líticas (véase Cauvin 2000). No se puede medir el tiempo con definiciones de grados de complejidad social o cambios económico-sociales, por lo que se debería mantener la periodización en Arcaico y Formativo (véase introducción del número anterior).

Por otro lado, es preciso comparar los casos de arquitectura monumental con el fin de establecer diferencias y similitudes tanto para fines cronológico-corológicos como para detectar funciones e interrelaciones. Para tal fin no es suficiente fijarse en diferencias en las dimensiones con el objeto de calcular grados de coerción o de «complejidad social» en «tipologías políticas», como Estado o jefatura. En primer lugar, queda por definir qué se debe entender por arquitectura monumental y cuáles son sus elementos constitutivos. El material de construcción se caracteriza por una variedad notable como adobes de formas diferentes, simples trozos de arcilla (véase aporte de Alva Meneses, número anterior), piedras canteadas en bolsas vegetales (shicras), cantos rodados o bloques confeccionados en formas definidas, a menudo en combinaciones de tamaño y de formas de colocación. Estos materiales se usan tanto para la construcción de plataformas, sus paramentos y accesos, como para el relleno y otros elementos, entre ellos las plazas circulares u ortogonales antepuestas. Para la parte funcional sobre estas plataformas se usa, también, material orgánico, como troncos de árboles, quincha y enlucido. Estos adoptan formas diferentes, pero, por regla general, se trata de plantas y combinaciones con patios internos relativamente simples a menudo con ejes de simetría bilateral. Columnas o pilastras sirven de adorno y/o de soporte para la cobertura de los cuartos. Nichos, banquetas y pintura mural o relieves de piedra, así como monumentos llanos (huancas), completan el repertorio relativamente simple de este complejo arquitectónico. Muchos de estos elementos ya aparecen en los casos más tempranos, pero en una variedad tal que requieren su documentación razonablemente completa. En ambos volúmenes del *Boletín* se ha presentado un número elevado de ejemplos, en grados variados, de este tipo de registro. Su distribución espacial parece ser más amplia de lo previsto, ya que incluye la costa sur (véase Splitstoser *et al.*, este número). El caso de Cerrillos, conocido desde hace mucho tiempo (Wallace 1962) merecería una presentación mucho más completa de la cantidad de datos de los que se dispone ahora. Excavaciones limitadas o, inclusive, interpretaciones de fotos aéreas y documentación deficiente resultan en generalizaciones poco productivas en las que se mezclan argumentos estilísticos con cronológicos que tienden a «confirmar» viejos argumentos que ya no resisten la contundencia de las evidencias acumuladas en tiempos recientes.

3. La arquitectura como indicador estilístico

Desde Tello se sostiene que el arte es una manifestación religiosa como expresión materializada de cosmovisiones y cosmogonías (Tello 1923a, 1923b). El arte «prototípico» o «modélico», según él y seguido por muchos otros, es el arte lítico de Chavín de Huántar. En este sitio el corpus conocido (véase catálogo en Tello 1960: 172-299) consiste, en su mayoría, de lápidas y esculturas en bulto de piedra, como las cabezas-clava, las que, claramente, formaban parte de la arquitectura, aunque no han sido encontradas in situ, muchas de ellas se han conservado en forma de fragmentos pequeños. Un catálogo actualizado de las piezas (las de Tello fueron arrasadas por un aluvión en 1945) está por elaborarse aún. Sobre la base de las evidencias disponibles en su tiempo, Rowe (1962) elaboró una secuencia de cuatro (o seis) fases —A/B, C, D, E/F), que forman la base de su cronología del Horizonte Temprano— y la vinculó con otra más elaborada de la cerámica de Ica (Menzel *et al.* 1964). Burger (1992) subdividió este mismo material en un Periodo Inicial y un Horizonte Chavín tardío. Si se acepta que el Lanzón corresponde a una de las fases más tempranas de la secuencia arquitectónica del complejo monumental (Kembel 2008) y se confía en los fechados radiocarbónicos correspondientes, este estilo se inicia alrededor de 1200 a.C. (calib.) y termina hacia el siglo VI a.C., lo que coincide bien con el lapso de los periodos Formativo Medio y Tardío (véase Kaulicke 2010).

La tabla cronológica comparada en Conklin y Quilter ([eds.] 2008: xxxii) deja en claro las divergencias marcadas entre las propuestas basadas en arquitectura, arte y cerámica. Es obvio que no necesariamente debe haber coincidencia entre la secuencia del arte lítico y la de la arquitectura debido a la reutilización de las piezas y/o a la exposición prolongada de otras como, por ejemplo, el Lanzón, que puede haber sido visible durante toda la ocupación del complejo monumental y después. Onuki (véase número anterior) advierte que las piezas de arte lítico de Kuntur Wasi, probablemente del Periodo Formativo Tardío (fase Kuntur Wasi), fueron encontradas, a menudo, en contextos posteriores (Copa). En Kuntur Wasi, la situación es aún más interesante por haberse dejado intacto parte del sitio al mantener las construcciones de

las fases precedentes. Las piezas en cuestión muestran muchas diferencias con las de Chavín de Huántar en el sentido de su función como estelas o esculturas en bulto, en motivos, composición, disposición en contextos arquitectónicos, entre otros. Por su parte, Watanabe (véase número anterior) describe unas columnas decoradas de Congona, un complejo poco conocido de la sierra norte. Pese al parecido que este autor encuentra con las columnas del Portal Blanco y Negro de Chavín de Huántar, la decoración se parece más a los motivos de la cerámica cupisnique de la costa norte.

La arquitectura monumental de la costa ofrece muchos ejemplos de piezas de arte asociadas, ya sean en piedra —como en el caso de Cerro Sechín, y otros complejos en Casma y Nepeña— o, en mayor frecuencia, en murales policromos en alto y bajorrelieve o esculturas en bulto elaboradas con barro. Si bien los ejemplos de barro parecen tener una cierta prioridad temporal, esta puede deberse a la muestra aún poco representativa de los casos registrados. Como queda comprobado por los aportes de Fuchs *et al.* y Bischof (este número), aparecen primero en Casma —y, probablemente, en Nepeña— más de 12 siglos antes de Chavín de Huántar, en secuencias probablemente ininterrumpidas hasta el funcionamiento de este complejo monumental (véase Shibata, número anterior). Estos antecedentes, por lo tanto, no se pueden explicar desde este último sitio como sostenía Tello y sus discípulos (Tello 1942; Carrión Cachot 1948). Más bien, existen evidencias de enlucido con incisiones y relieves en varios colores que adornaban la arquitectura de piedra de la sierra, Chavín de Huántar incluido. Estos motivos corresponden a cánones costeños no solo en técnica, sino también en el estilo de las representaciones. Desde los casos tempranos existen, asimismo, estilos representativos en otros soportes, como morteros de piedra, tallados de hueso y, más adelante, tejidos, cerámica y otros. Es necesario enfatizar el hecho de la presencia de distintos estilos en diferentes tiempos y espacios, aunque parece existir una cierta homogenización a partir del Periodo Formativo Medio, es decir, a inicios del estilo Chavín en Chavín. Esta homogenización podría deberse a conceptos ideológicos compartidos en un área extensa que involucra muchos sitios con arquitectura monumental y arte asociado en costa y sierra norte (véase aportes de Alva Meneses, Watanabe, Seki *et al.*, Onuki, Inokuchi, Sakai, Nesbitt, Shibata, número anterior). Durante el Periodo Formativo Tardío la situación se complica por una diversificación notable, la que afecta, también, a la arquitectura (véase aportes de Chicoine, Chicoine e Ikehara, Ikehara, Shibata, número anterior). En este periodo el arte asociado adquiere modalidades diferentes mientras que en Chavín y otros sitios los cambios son más conservadores y perduran por más tiempo. En la costa sur, la arquitectura funeraria parece emular la arquitectura monumental de la costa norte (Kaulicke *et al.*, este número).

Desde esta perspectiva, el arte asociado a la arquitectura desempeña un papel importante en la génesis y las historias de los estilos del Periodo Formativo, pero estos datos requieren de sustento adicional de parte de otros contextos, como los contextos funerarios, cuya interrelación con la arquitectura parece ser significativa en el Periodo Formativo, tal como se verá a continuación.

4. Arquitectura y centros ceremoniales

Es preciso abordar otro punto relacionado que es un concepto no debidamente caracterizado: el de los centros ceremoniales. La arquitectura monumental, en este sentido, se considera *per se* ceremonial y central. En una publicación compilatoria acerca de este tema, titulada *Early Ceremonial Architecture in the Andes* (Donnan [ed.] 1985), casi todos los autores la abordan en relación con la cronología, los estilos, el origen, entre otros, pero no se detienen en su definición. Esta omisión probablemente se relaciona con el uso de la palabra quechua «huaca» que, según González Holguín (1952 [1608]: 165), significa «lugar de ydolos, figurillas de hombres y animales que trayan consigo; persona o animal manso doméstico subjecto; *Huacca muchhana*. Lugar de ydolos, adoratorio; *Huacca collque*. El tesoro; *huacca muchay*. Ydolatría; *Huacca runa*. Carnero, o qualquier bestia monstruosa que tiene mas, o menos miembros, o fealdad natural». De estos significados, los más concernientes son los de 'tesoro', en el sentido de restos del pasado prehispánico saqueados (huaco, huaquero, huaquería) y el de 'adoratorio'. Este último se convierte en huaca como topónimo vernácula de sitios arqueológicos con arquitectura monumental (Huaca de los Reyes, entre otros) y fue adoptado en el vocabulario de muchos arqueólogos en forma algo irreflexiva. En este sentido, cualquier arquitectura monumental adquiere el significado de «templo o santuario», por lo que el adjetivo «ceremonial» solo señala una especie de sinónimo de «huaca».

Es evidente que esta «caracterización» de la arquitectura monumental no es muy satisfactoria, ya que podrían ser factibles otras funciones fuera de la de «templos». En el libro referido líneas arriba se publica un artículo de Lathrap (Lathrap 1985), en el que el autor se refiere a un libro, *Pivot of the Four Quarters*, de Paul Wheatley (Wheatley 1971). En estos trabajos, ambos de alcance global, predomina la idea de la arquitectura monumental como centro del cosmos, como la concreción de un microcosmos, en otras palabras, una configuración del orden del mundo, así como el *axis mundi*, reflejado en el espacio social. El concepto de casa, ligado al de la domesticación es muy complejo y una de las características fundamentales del hombre como ser social (véase Kaulicke 2009). Muchos casos etnográficos y arqueológicos en diferentes partes del mundo son ejemplos elocuentes de esta complejidad (véase Hugh-Jones 1979 [Barasana, Colombia], Waterson 1990: 91-114 [sureste de Asia], Neich 1993: 121-160 [Maori, Nueva Zelanda], MacDonald [Haida], Dillehay 2007 [Mapuche, Chile], Banning y Chazan [eds.] 2006 [Neolítico del Cercano Oriente], entre otros).

Características de este tipo ya se perciben en la arquitectura monumental más temprana. En Kotosh, la planta cuadrada con entrada hacia el norte o el sur, el fogón circular al centro del patio hundido —que tiene los mismos rasgos que el interior solo que en forma reducida y está en el centro del edificio—, la composición en dos mitades resaltadas por nichos en tres niveles, con uno como acceso, pintado de rojo, y otros como puertas falsas, así como la decoración representativa en forma de pares de brazos «masculinos» y «femeninos» hacen pensar en un ordenamiento dual antropomorfo con un fogón como eje central (*axis mundi*), cuyo fuego une las esferas del mundo, y la idea de entrar en un vientre y salir de él regenerado (Kaulicke e.p. a, 2010). Es probable que ahí se guardaran y se expusieran los tesoros de la comunidad —en el sentido de objetos rituales sagrados y heredados de los ancestros— en los nichos referidos. Este tipo de espacio probablemente se usaba para reuniones cíclicas, como comidas comunales, ritos de incorporación social, ritos conmemorativos, funerarios, de ancestralidad, entre otros, como en el mencionado caso de Çatal Hüyük. Ya que este concepto parece incluir la idea de la antropomorfización del espacio, el hecho de enterrar el edificio y construir otro encima de él implica una noción de un ciclo vital en el sentido de nacimiento, adultez, muerte y regeneración. En el caso de La Galgada, otro sitio de la tradición Mito (Grieder 1997), esta interrelación es bastante elocuente en la reutilización de uno de los edificios a modo de mausoleo desde el espacio superior construido encima.

Esta arquitectura tiene un carácter interiorizado con modesto arte arquitectónico asociado, lo que no implica una riqueza probablemente mayor de objetos transportables. En la costa norte, entre los valles de Casma y el Santa, la situación es algo distinta por la presencia de edificios de, aproximadamente, el mismo tiempo. La diferencia reside en la decoración de los exteriores con vistosos murales policromos ejecutados en un estilo cuyos motivos son difíciles de reconocer debido al alto grado de abstracción, pero con elementos más «realistas» insertados (Punkurí, Nepeña [Samaniego 2007]; San Juanito, valle de Santa [Pimentel y Chapdelaine 2007], Cerro Sechín, valle de Casma [Bischof 1995]). Estos motivos flanquean escalinatas pintadas, fachadas exteriores de plataformas, pilastras y columnas. En San Juanito, Punkurí y, también, en La Galgada (véase arriba) y Huaca Prieta, valle de Chicama (Bird *et al.* 1985), los contextos funerarios asociados a esta arquitectura han arrojado una cantidad apreciable de objetos, como morteros líticos con manos del mismo material, textiles, cestos, mates, conchas y otros, en su mayoría decorados en estilos parecidos al del arte arquitectónico. En todos estos casos parece que se trata de mujeres de avanzada edad (la de Punkurí está sin cabeza). Esta evidencia y algunos de los motivos apuntan a una importancia mayor de los sacrificios humanos, pero el mensaje, probablemente, se refiere a temas más relacionados con lógicas cosmogónicas, una cuestión que es retomada en el caso del Edificio de Piedra de Cerro Sechín (Kaulicke 1995; Lerner *et al.* [eds.] 1995). Pese a un estilo algo más «realista», centrado en motivos antropomorfos, las interpretaciones varían mucho (para una versión reciente, véase Bischof, este número), pero, en todo caso, parece que la temática está relacionada con aquellas que acaban de presentarse.

Sin poder entrar en detalles (véase Kaulicke 1995), queda por señalar que el edificio es cuadrangular y, como los ejemplos de Kotosh, orientado de acuerdo con los puntos cardinales. Los, aproximadamente, 400 bloques con relieves están ordenados en 14 conjuntos por cada mitad del edificio. Se ubica en una hondonada en forma de «U» invertida que, a su vez, forma parte de un cerro de dos cimas a la altura de la construcción. Este cerro, llamado Laguna, está aislado y se ubica cerca de la confluencia de dos ríos, el

Casma y el Sechín. Esta centralidad que involucra el paisaje es otro argumento de fuerza para incluir al sitio de Cerro Sechín en la categoría de los centros ceremoniales.

Muchas de las características presentes en el Periodo Arcaico Final se mantienen en el Periodo Formativo. La ubicación de la arquitectura se relaciona con el agua en forma de ríos con direcciones preestablecidas, así como con cerros o montañas de donde proviene y que la rodean. El Este y la esfera de arriba se relacionan, igualmente, con el agua en forma de lluvia y enfatizan la verticalidad que se manifiesta en los cerros. El sistema de afluentes, con o sin agua, y la configuración de los cerros que se cierran para formar bolsones o se aplanan en mesetas establecen lógicas reflejadas con los centros. Por otro lado, el agua está culturizada en forma de canales —tanto rituales como de drenaje— que organizan el espacio interior de los centros. La relación cerro-centro ceremonial se establece en forma de acoplamiento, a menudo en forma de «U» (véase Cerro Sechín) o se presenta como una modificación del mismo. Las plataformas superpuestas pueden sustituir o emular cerros y/o se combinan con elevaciones «artificiales». Otros complejos se asocian con el mar (véase Kaulicke 2009, e.p. b).

En el Formativo Temprano y parte del Formativo Medio (periodos Moxeke y Haldas, según Bischof, este número) se construyen complejos enormes en el valle de Casma, pero debería enfatizarse la continuidad de principios arquitectónicos de etapas anteriores. Si bien el arte mural no está tan bien conocido, existen evidencias suficientes para sustentar esta aseveración (Tello 1956; Patzschke 2008; Fuchs *et al.*, este número, Bischof, este número). A ello se agregan otros elementos que, en su totalidad (probablemente una fracción mínima de lo existente), deben considerarse como las bases para la evolución de los estilos interrelacionados del Periodo Formativo Medio como Chavín, Cupisnique y otros. Esto vale más aún para el valle de Nepeña, de donde se conoce un ejemplo de centro muy elaborado del Periodo Formativo Medio (Cerro Blanco [1100 a 800 a.C.], véase Shibata, número anterior), pero se desconocen casos del Periodo Formativo Temprano. Por lo general, se tiene la impresión de una significativa longevidad de patrones arquitectónicos y de elementos asociados, lo que podría deberse a los mecanismos de memoria señalados. Un caso elocuente se observa en el sitio de Shillacoto, en la ciudad de Huánuco, donde se instaló una compleja construcción funeraria a modo de torre de piedra (fase Wairajirca) en el piso hundido de la más grande de las construcciones de Kotosh-Mito, que corresponde al Periodo Formativo Temprano. A esta se adosa otra de la fase Kotosh (en la parte temprana del Formativo Medio), la que contenía, entre otros objetos asociados, una figurina de piedra muy parecida a las de la fase Kotosh-Mito (Kaulicke e.p. c).

Hasta el momento se ha tratado a la arquitectura monumental como si fuera un fenómeno de construcciones aisladas de otras no monumentales. Este no es el caso. Gracias a los trabajos de Shady en Caral, valle de Supe (véase Shady 2008) se percibe un claro ordenamiento espacial de dimensiones apreciables, al parecer desde alrededor de 2500 a.C. En este espacio están insertadas otras construcciones consideradas residenciales y domésticas, por lo que la autora referida se inclina por otorgarle la categoría de ciudad al conjunto total. San Juanito, La Galgada y Buena Vista, en la costa central (Benfer *et al.* 2009), también cuentan con la presencia de estructuras asociadas, mientras que el caso de Ventarrón, en Lambayeque, sorprende por la arquitectura sustancial y de dimensiones notables en el sector asociado de El Arenal (véase Alva Meneses, número anterior). En el valle de Casma, los complejos organizados en enormes ejes con arquitectura monumental dual del Periodo Formativo Temprano están asociados, por regla, con sectores laterales «residenciales» y «domésticos». Estos términos, sin embargo, reflejan categorías poco útiles, ya que no cuentan con información básica por falta de excavaciones respectivas. Entre estos vestigios, aparentemente existen talleres especializados, como los que contienen morteros de piedra en Moxeke (Pozorski y Pozorski 1992). En todo caso, los conjuntos conforman cosmogramas, claramente definidos, que están pendientes de estudiarse en análisis comparativos. No es de sorprender que estos espacios también fueran interpretados como evidencias de un Estado, pero su definición como centros ceremoniales complejos sería, quizá, más recomendable. Gracias a los trabajos de Tellenbach (1986) y de Tsurumi (véase número anterior) se tiene ahora información abundante del valle de Jequetepeque, donde fenómenos parecidos a los de Casma, pero de escala menor y de duración más breve, indican la presencia de centros ceremoniales de escalas menores que sugieren el establecimiento de jerarquías.

Pese a la abundancia y la espectacularidad de la arquitectura monumental del Periodo Formativo Medio (véase aportes de Yamamoto, Alva Meneses, Seki, Inokuchi, Sakai, Nesbitt *et al.*, Shibata, número

anterior, y Rick *et al.*, este número), la inserción de esta en un espacio central mayor no está esclarecida en la mayoría de los casos. Si bien existe la posibilidad de la existencia de aldeas separadas de estos centros aislados, es más probable que se trate de la escasez de investigaciones adecuadas que lleva a la impresión de una arquitectura monumental aislada de la de otro tipo.

Los aportes de Chicoine e Ikehara (véase número anterior) demuestran que ocurren cambios significativos durante los periodos Formativo Tardío y Final en el sentido de una disminución en el interés por la arquitectura monumental en favor de una acumulación de recintos sobre áreas grandes como Caylán (unas 200 hectáreas). Se mantiene, sin embargo, la presencia de montículos, técnicas de construcción prestadas e reinterpretadas de periodos anteriores, lo que también se percibe en la cerámica y otros elementos transportables. Esta reinterpretación no deja de ser ceremonial, por lo que los cambios percibidos probablemente no son tan drásticos como parecen. Una parte importante de los sitios que comparten estas características pertenece al Periodo Formativo Final, por lo que el tiempo entre el abandono de los centros del Periodo Formativo Medio y la instalación de estos nuevos centros está aún por definirse. Este proceso se podría ver, también, como el resultado de un inicio de características urbanas que, según Wheatley (1971), es el destino final de muchos de los centros ceremoniales. En esta misma área se advierten otras soluciones en las partes más altas de los valles que retoman el «megalitismo» del Periodo Formativo Temprano (véase Ikehara, número anterior). En la sierra, en cambio, la arquitectura monumental y el concepto de centro ceremonial parecen imponerse de un modo brusco en varios sitios durante el inicio del Formativo Tardío, como en el caso de Kuntur Wasi (véase Inokuchi, número anterior) o, inclusive, sitios tan lejanos de la costa como Kotosh. En el propio Chavín de Huántar, la última fase constructiva mayor se parece al centro de Huaca de los Reyes del fin del Periodo Formativo Medio. Estas soluciones divergentes, sin embargo, parecen ser diferentes expresiones del centro como microcosmos de acuerdo con características singulares o principios que se mantienen en tiempos postformativos.

Cabe señalar, finalmente, un fenómeno poco considerado hasta ahora, pero de relevancia mayor y observado por muchos autores de ambos números. Es casi una regla que, al abandonarse estos sitios y luego de su enterramiento, estos se convierten en áreas funerarias o de colocación de ofrendas y sacrificios humanos, en algunos casos hasta épocas tardías.

5. Paisajes, territorios y esferas de interacción

Estos centros, por lógica, deben ser centros dentro de un espacio definido: su paisaje. Este se establece por límites naturales, como despoblados desérticos, bosques, montañas y lugares interconectados en su interior. Estos últimos pueden configurarse como centros o también como, por ejemplo, cerros aislados rodeados por áreas funerarias —probablemente lugares de origen (véase Kaulicke e.p. b)— a veces coronados por construcciones, geoglifos y petroglifos, piedras esculpidas o pinturas en farallones (Alva y Meneses 1982; Pimentel 1986; Alva 1988; Kaulicke *et al.* 2000; Dillehay, número anterior, entre otros). Los petroglifos constituyen en grupo importante, ya que forman sitios organizados, a menudo, por instalaciones como plazas, plataformas bajas, entre otros, presentes en medioambientes espectaculares. Los motivos en varios de ellos pueden compararse con aquellos del arte lítico, los murales y la cerámica decorada, por lo que, fuera de otras razones sirven de delimitación de áreas estilísticas del Periodo Formativo. El caso de Cerro Cantería, en el valle del Rímac de la costa central, un petroglifo refleja de modo fiel motivos de la cerámica del estilo Dragoniano de Lumbreras (1993), encontrada en Chavín de Huántar por lo que deja pocas dudas sobre el área de su procedencia (véase Abanto, este número). Estos petroglifos ya están presentes en el Periodo Arcaico Final —por ejemplo, Caral y El Arenal— donde se encuentran al interior de los sitios. Asimismo, los geoglifos tienen una distribución muy amplia; en la costa central datan del Periodo Arcaico Final (véase Abanto, este número). Toda esta red de lugares, que ordena el espacio como un mundo social, promovía la integración, la identidad y la memoria de los habitantes. La mayoría de la población vivía en sitios pequeños y dispersos, pero este tipo de yacimientos está apenas estudiado.

Dillehay (Dillehay *et al.* 2009, véase número anterior) emprendió la tarea de sintetizar las evidencias del Periodo Formativo en los valles de Zaña y Jequetepeque (véase también Tsurumi; Sakai y Martínez; Inokuchi, número anterior). Él reconoce diferencias espaciales en la distribución de asentamientos vinculados a la explotación y producción de bienes de acuerdo con su hábitat (recursos marinos en la costa,

agricultura en la parte media y agricultura complementada con ganadería en la partes altas; véase, también, Uzawa, número anterior). Estas diferencias se reflejan, asimismo, en la distribución de los sitios y, sobre todo, en la de la arquitectura que, aparte de las funciones ya señaladas, debió haber cumplido otras de orden político, económico y, quizá, tecnológico. Las distribuciones en los valles referidos, de acuerdo con Dillehay son sistemas monocéntricos (Purulén y Limoncarro, en la parte baja) o policéntricos lineales (en la parte media del Jequetepeque) y dispersos (en la parte alta del Zaña). La distribución diferenciada de estilos de cerámica puede reflejar sistemas diferentes entre la parte baja y media/alta de los valles. Estas configuraciones, sin embargo, varían en el tiempo. Purulén parece ser anterior a Limoncarro, en tanto que Limoncarro (Periodo Formativo Medio) es anterior a Kuntur Wasi (Periodo Formativo Medio-Periodo Formativo Tardío). Mientras que Limoncarro corresponde a lo que se conoce como el Cupisnique, Kuntur Wasi pertenece al ámbito de estilos cerámicos serranos, pero cambia drásticamente en el Periodo Formativo Tardío cuando irrumpen estilos costeños en el área. Por lo tanto, son estos centros los que cambian, mientras que la mayor parte de la población se mantiene en un mundo socioeconómico básicamente inalterado.

Esto parece cambiar en el Periodo Formativo Tardío. A los centros se les puede entender como «ímanes» que atraen hombres y bienes, y establecen vínculos entre ellos. Se manifiestan, en consecuencia, en lugares centrales dentro de redes económico-ideológicas que promueven vínculos sin perder su identidad propia y su esencial independencia político-ideológica. Es difícil precisar quiénes manejaron estos centros. En la parte media del Jequetepeque parece haber existido una elite corporativa enterrada en torres funerarias cerca de los asentamientos (Periodo Formativo Temprano). En la parte alta (Cerro Blanco, Kuntur Wasi), varios pozos individuales indican la presencia de personas con un notable poder adquisitivo en el interior de los centros, sobre todo en el Periodo Formativo Tardío. Estos últimos contextos indican contactos de larga distancia tanto con la costa norte como la sierra sur ecuatoriana y la sierra de Bolivia. Su indumentaria indica, además, características de elites posteriores (coronas, narigueras, orejeras, pectorales de oro y collares de piedra semipreciosa que corresponden a contextos funerarios del mismo tiempo en la costa norte desde Piura hasta Jequetepeque. Esta presencia relativamente masiva en el Periodo Formativo Tardío y Final podría entenderse como un reflejo de cambios profundos ocurridos entre los periodos Formativo Medio y Tardío, algo usualmente vinculado con el «fenómeno Chavín». Sin embargo, cabe recordar aquí los contextos funerarios del Periodo Arcaico Final que se mencionaron antes. Estos individuos, también enterrados dentro de los centros ceremoniales, estaban asociados a trompetas de *Strombus*, «turquesa», *Spondylus*, entre otros, tal como se encuentran en Kuntur Wasi, pero más de 1000 años antes. De esta manera, parece haber cierta probabilidad de que ciertos tratamientos funerarios parecidos existieron en este lapso de supuesta ausencia. Las excavaciones muy limitadas en muchos de estos complejos o su ausencia total no contradicen la probabilidad de su existencia.

La presencia de centros ceremoniales tampoco contradice la presencia de violencia no solo sustentada por la iconografía sino, también, por las evidencias físicas de sacrificios humanos y/o la captura de individuos para ser decapitados. La obtención de estos individuos puede haber correspondido a acciones organizadas con la intención de obtener botines. Formaciones políticas más territoriales parecen surgir solo a fines del Formativo Tardío y en el Formativo Final.

En consecuencia, parece que, durante la mayor parte del Periodo Formativo, los territorios de poblaciones integradas en sistemas políticos deben haber sido muy reducidos en tamaño, limitados a bolsones de valles, normalmente indicados por centros de arquitectura monumental, aunque deben haber existido otros en zonas marginales con organizaciones más simples. Tanto las extensiones espaciales como los grados de complejidad social fluctuaron, lo que vale, también, para las esferas de interacción. El papel activo en estas interacciones, desempeñado por los centros, está demostrado en una serie de trabajos que forman parte de los dos números discutidos (véase, *u.g.*, Yamamoto, número anterior). Estas esferas de interacción no dependen de las formaciones políticas, sino de integraciones reflejadas en la distribución espacial de patrones arquitectónicos, de intercambio de bienes de lucro y, aunque menos visibles, de bienes de subsistencia, materia prima, herramientas, entre otros. La intensidad de este intercambio depende de los medios de transporte y de la distancia de los movimientos involucrados. Watanabe (véase número anterior) ha calculado el tiempo que toma el recorrido entre algunos centros de la sierra norte y la costa, y llegó a la

conclusión de que estos distan a menos de un día de recorrido, en algunos de los casos. Las distancias entre los valles de la costa suelen ser más cortas y emplean caminos rituales, como los que existen entre los valles de Moche y de Virú, con la presencia de arquitectura monumental y de petroglifos. De esta manera, no sorprende que se puedan reconocer redes de intercambio o esferas de interacción en toda la zona de la costa norte y la sierra colindante, sobre todo en el Periodo Formativo Medio.

Burger (véase Burger 1992, 2008) postula la presencia de una esfera de interacción centrada en el sitio de Chavín de Huántar durante el Periodo Formativo Tardío (Horizonte Chavín) debido a la conversión de Chavín en oráculo de importancia interregional, acompañada por su transformación en centro protourbano. Este no es el lugar para discutir esta propuesta (véase Kaulicke 2010), pero un conjunto de trabajos en este número (véase García, Splitstoser *et al.*, Beresford-Jones *et al.*, Reindel e Isla, Kaulicke *et al.*, Matsumoto) abordan este tema visto desde la costa sur. Según Burger (2008: 699-700), «*elaborately engraved monochrome bottles or painted on polychrome cotton textiles, these locally produced images show an intimate knowledge of Chavín religious art [that] can only be explained by direct contact with the ceremonial center at Chavín de Huántar. Their reproduction [...] bespeaks of religious belief, a possibility consistent with a model of long-distance pilgrimage to the extraordinary center in the Mosna valley*». Cordy-Collins (1976, 1999) especula también sobre el carácter de la interacción entre el valle de Ica y Chavín de Huántar, a unas 400 millas de distancia. Postula un proceso de aprovisionamiento de algodón de los iqueños y, sobre todo, la función del catequismo para la difusión de la religión de Chavín. Los textiles referidos procedían de contextos desconocidos, pero hace poco años se han encontrado textiles parecidos en sus contextos originales (Kaulicke *et al.*, este número). Se trata de un área funeraria que se caracteriza por muchos elementos que apuntan hacia la costa norte, aunque los individuos corresponden a poblaciones locales, mientras que las herramientas y el algodón crudo en estos contextos indican que la mayoría de estos tejidos fueron elaborados por parte de los mismos ocupantes que, por lo tanto, muestran un alto grado de dominio técnico y estilístico en una variedad notable de técnicas decorativas y de motivos, también aplicados a la cerámica y los mates vistosos. García, Splitstoser *et al.* y Matsumoto (este número) han encontrado evidencias que estos contactos con la costa norte —sobre todo Cupisnique— señalan inicios en el Periodo Formativo Medio (cuando también aparecen en Chavín de Huántar). En el importante sitio de Campanayuc Rumi, en la sierra de Ayacucho (Matsumoto 2010, este número) hay material de la costa sur, probablemente trasladados mediante las rutas que conectan la zona con el valle de Palpa-Nazca. ¿Cómo se puede explicar este fenómeno cuando se supone la presencia de una crisis en la costa norte? Ya se señaló la presencia de contextos funerarios de elite en la mayoría de los valles entre Piura y Jequetepeque o, inclusive, más al sur. En los mismos valles aparecen áreas funerarias relativamente extensas —en su mayoría saqueadas— de los que proceden numerosos especímenes de cerámica vistosa, así como tallados en concha, hueso y otros soportes. Todo ello implica que el arte cupisnique del Periodo Formativo Medio no desaparece, pero la arquitectura monumental se reduce o se dispersa, reemplazada, aparentemente, por otra menos vistosa que lleva a la del Periodo Formativo Final, descrita por Chicoine e Ikehara (número anterior). Antes de tratar de definir los mecanismos y motivaciones para estos contactos de larga distancia y, por tanto, de esferas de interacción, se requiere de más datos tanto de la costa como de la sierra. En todo caso, sería poco prometedor reducir estos contactos a efectos colaterales de un peregrinaje focalizado en un solo «megaoráculo». Al parecer, las redes de intercambio a larga distancia existían, al menos, desde el Periodo Arcaico Final e involucraban a gran parte del área andina —y probablemente más allá de ella— con focos cuya relevancia varía por regiones y por tiempo. Sería recomendable, quizá, analizar, también, las áreas funerarias saqueadas con el fin de recuperar datos en vez de limitarse a estudiar colecciones.

6. Conclusiones

Con estas reflexiones se pretendía comentar solo algunos puntos que llaman la atención del autor de este artículo final por las discusiones que se dieron en el simposio y por la enorme riqueza de datos que los autores de los dos números presentados han ofrecido. Como suele ocurrir en estas ocasiones, esta riqueza empírica provoca muchas preguntas de orden general o teórico, y obliga a repensar planteamientos previos basados en un precario conjunto de datos. Las limitaciones resultantes forzaron a plantear generalizaciones y, como se ha tratado de enfatizar en los comentarios de este trabajo, a tomar evidencias negativas como

argumentos positivos en la discusión. Es, precisamente, la acumulación de nuevos datos, con preferencia aquellos destinados a llenar vacíos tanto empíricos como teóricos, los que permiten comprender la complejidad de comunidades y sociedades en sus interacciones internas y externas, sus expresiones de identidad y sus mecanismos de memoria; en otras palabras, sus similitudes y sus diferencias. Se está avanzando en la definición de la zona norte, de enorme relevancia para el Periodo Formativo y sus antecedentes, sobre todo la parte septentrional de ella, que fue la menos conocida hasta hace pocas décadas. Otros trabajos permiten revisiones de hipótesis anteriores. En particular, es reconfortante que otra zona poco considerada hasta ahora, la costa sur y la sierra colindante, está recibiendo más atención. Pero ya que estos trabajos permiten formular preguntas más relevantes es preciso seguir acumulando datos. El importante problema de la definición de esferas de interacción implica la necesidad de considerar, asimismo, aquellas áreas que se mantienen casi desconocidas e involucrar también áreas como el Formativo ecuatoriano al que estaban, al parecer, conectados los sitios del norte, como Inyatambo (Yamamoto, número anterior), y otros en Piura, Huancabamba, Bagua y otras zonas del extremo septentrional del Perú. Algo parecido ocurre en el sur, con los sitios más sureños que, al parecer, tuvieron contacto con otros localizados más al sur, como queda señalado en algunos de los trabajos del «paquete» de trabajos sobre esta área (este número). Aún se está lejos de una comprensión global de lo que constituye este mundo fascinante del Periodo Formativo —o Periodo Inicial-Horizonte Temprano/Chavín—, pero los investigadores se acercan, cada vez más, en sus intentos de captar lo esencial del mismo.

REFERENCIAS

Alva, W.

1988 Excavaciones en el santuario del tiempo formativo Udima-Poro Poro en la sierra del norte del Perú/Ausgrabungen in dem formativzeitlichen Heiligtum Udima-Poro Poro in der Sierra Nordperús, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 8, 301-352, Mainz am Rhein.

Alva, W. y S. Meneses de Alva

1982 Geoglifos del Formativo en el valle de Zaña, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 4, 203-212, Mainz am Rhein.

Banning, E. B. y M. Chazan (eds.)

2006 *Domesticating Space: Construction, Community, and Cosmology in the Late Prehistoric Near East*, Studies in Early Near Eastern Production, Subsistence, and Environment 12, ex oriente, Berlin.

Benfer, R. A., Jr., B. Ojeda, N. A. Duncan, L. R. Adkins, H. Ludeña, M. Vallejos, V. Rojas, A. Ocas, O. Ventocilla y G. Villarreal

2009 La Tradición Religioso-Astronómica en Buena Vista, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Segunda parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 11 (2007), 53-102, Lima.

Bischof, H.

1995 Los murales de adobe y la interpretación del arte de Cerro Sechín, en: S. Lerner, M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.), *Arqueología de Cerro Sechín. Tomo II, Escultura*, 125-156, Dirección Académica de Investigación, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Bird, J. B., J. Hyslop y M. D. Skinner

1985 *The Preceramic Excavations at the Huaca Prieta, Chicama Valley, Perú*, Anthropological Papers of the American Museum of Natural History 62, part 1, New York.

Boivin, N.

2000 Life Rhythms and Floor Sequences: Excavating Time in Rural Rajasthan and Neolithic Çatalhöyük, *World Archaeology* 31 (3), 367-388, London.

Bonnier, E.

1997 Preceramic Architecture in the Andes: The Mito Tradition, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Arquitectura y civilización en los Andes prehispanicos/Architecture and Civilization in the Prehispanic Andes*, 120-144, Arqueología Peruana 2, Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana/Reiss-Museum Mannheim, Heidelberg.

Burger, R. L.

1992 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.

2008 Chavín de Huántar and Its Sphere of Influence, en: H. I. Silverman y W. H. Isbell (eds.), *Handbook of South American Archaeology*, 681-703, Springer, New York.

Carrión Cachot, R.

1948 La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón, *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología* 2 (1), 99-172, Lima.

Carsten, J. y S. Hugh-Jones (eds.)

1995 *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge.

Cauvin, J.

2000 *The Birth of the Gods and the Origins of Agriculture* [traducción de T. Watkins], New Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

Chu, A.

2008a Arquitectura monumental precerámica de Bandurria, Huacho, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Primera parte, *Boletín de Arqueología PUCP* 10 (2006), 91-109, Lima.

2008b *Bandurria. Arena, mar y humedal en el surgimiento de la civilización andina*, Proyecto Arqueológico Bandurria-Huacho, Huacho.

Conklin, W. J. y J. Quilter (eds.)

2008 The Culture of Chavín Textiles, en: W. J. Conklin y J. Quilter (eds.), *Chavín: Art, Architecture, and Culture*, 261-278, Monograph 61, Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California at Los Angeles, Los Angeles.

Cordy-Collins, A. K.

1976 An Iconographic Study of Chavín Textiles from the South Coast of Perú: The Discovery of a Pre-Columbian Catechism, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of California Los Angeles, University Microfilms, Ann Arbor.

1999 Painted Chavín Textiles from the Ica Valley, South Coast, en: J. A. de Lavalle y R. de Lavalle (eds.), *Tejidos milenarios del Perú/Ancient Peruvian Textiles*, 107-142, Colección Apu, AFP Integra/Wiese Aetna, Lima.

Dillehay, T. D.

2007 *Monuments, Empires, and Resistance: The Araucanian Polity and Ritual Narratives*, Cambridge Studies in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.

Dillehay, T. D., A. L. Kolata y E. R. Swenson

2009 *Paisajes culturales en el valle de Jequetepeque: los yacimientos arqueológicos*, Arqueología 4, Ediciones SIAN, Trujillo.

Donnan, C. B. (ed.)

1985 *Early Ceremonial Architecture in the Andes: A Conference at Dumbarton Oaks, 8th to 10th October, 1982*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Feldman, R. A.

1985 Preceramic Corporate Architecture: Evidence for the Development of Non-Egalitarian Social Systems in Perú, en: C. B. Donnan (ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes: A Conference at Dumbarton Oaks, 8th to 10th October, 1982*, 71-92, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

González Holguín, D.

1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua qquichua o del inca* (prólogo de R. Porras Barrenechea), Santa María, Lima.

Grieder, T.

1997 On Two Types of Andean Tombs, en: E. Bonnier y H. Bischof (eds.), *Arquitectura y civilización en los Andes prehispanicos/Architecture and Civilization in the Prehispanic Andes*, 107-144, Archaeologica Peruana 2, Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana/Reiss-Museum Mannheim, Heidelberg.

Hodder, I.

2005 Memory, en: I. Hodder (ed.), *Çatalhöyük Perspectives. Reports from the 1995-99 Seasons*, 183-195, Çatal Höyük Research Project, vol. 6, British Institute at Ankara Monographs 40, McDonald Institute for Archaeological Research/British Institute at Ankara, Cambridge/London.

2006 *The Leopard's Tale: Revealing the Mysteries of Çatal Hüyük*, Thames and Hudson, London.

Hugh-Jones, S.

1979 *The Palm and the Pleiades: Initiation and Cosmology in Northwest Amazonia*, Studies in Social and Cultural Anthropology, Cambridge University Press, Cambridge.

Kaulicke, P.

1995 Arte y religión en Cerro Sechín, en: S. Lerner, M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.), *Arqueología de Cerro Sechín. Tomo II, Escultura*, 185-221, Dirección Académica de Investigación, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

2009 Simplificación y complejización de la complejidad social temprana: una introducción, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Segunda parte, Boletín de Arqueología PUCP 11 (2007)*, 9-22, Lima.

2010 *Las cronologías del Formativo. 50 años de investigaciones japonesas en perspectiva*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

e.p. a Reflexiones sobre la religión preformativa del Perú antiguo, para publicarse en: Homenaje al Padre Marzal, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

- e.p. b Memoria y temporalidad en el Formativo centroandino, para publicarse en: *Senri Ethnological Studies*, Museo de Etnología, Osaka.
- e.p. c Death and the Dead in Formative Perú, para publicarse en: P. Eeckhout y L. S. Owens (eds.), *Funerary Practices and Models in the Ancient Andes*, Cambridge University Press, Cambridge.

Kaulicke, P., F. Fernández-Dávila, M. Mac Kay y R. Santa Cruz

- 2000 La estación Alto de las Guitarras, dpto. La Libertad, costa norte del Perú, *Boletín SIARB* 14, 25-28, La Paz.

Kembel, S. R.

- 2008 The Architecture at the Monumental Center of Chavín de Huántar: Sequence, Transformations, and Chronology, en: W. J. Conklin y J. Quilter (eds.), *Chavín: Art, Architecture, and Culture*, 35-81, Monograph 61, Cotsen Institute of Archaeology Press, University of California at Los Angeles, Los Angeles.

Kuijt, I. (ed.)

- 2000 *Life in Neolithic Farming Communities: Social Organization, Identity, and Differentiation*, Fundamental Issues in Archaeology, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.

Lathrap, D. W.

- 1985 Jaws: The Control of Power in the Early Nuclear American Ceremonial Center, en: C. B. Donnan (ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes: A Conference at Dumbarton Oaks, 8th to 10th October, 1982*, 241-267, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Lerner, S., M. Cárdenas y P. Kaulicke (eds.)

- 1995 *Arqueología de Cerro Sechín. Tomo II, Escultura*, Dirección Académica de Investigación, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Lumbreras, L. G.

- 1993 *Chavín de Huántar: excavaciones en la Galería de las Ofrendas*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 51, Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.

MacDonald, G. F.

- 1996 *Haida Art*, University of Washington Press/Douglas and McIntyre, Seattle/Vancouver.

Matsumoto, Y.

- 2010 The Prehistoric Ceremonial Center of Campanayuc Rumi: Interregional Interactions in the South-Central Highlands, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.

Matsuzawa, T.

- 1972a Stratigraphy, en: S. Izumi y K. Terada (eds.), *Andes 4: Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966*, 9-54, Tokyo University Press, Tokyo.
- 1972b Constructions, en: S. Izumi y K. Terada (eds.), *Andes 4: Excavations at Kotosh, Perú, 1963 and 1966*, 55-176, University of Tokyo Press, Tokyo.

Matthews, W.

- 2005 Life-Cycles and Life-Course of Buildings, en: I. Hodder (ed.), *Çatal Höyük Perspectives. Reports from the 1995-99 Seasons*, 125-149, Çatal Höyük Research Project, vol. 6, British Institute at Ankara Monographs 40, McDonald Institute for Archaeological Research/British Institute at Ankara, Cambridge/London.

Menzel, D., J. H. Rowe y L. E. Dawson

- 1964 *The Paracas Pottery of Ica: A Study in Style and Time*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology 50, University of California Press, Berkeley/Los Angeles.

Neich, R.

- 1993 *Painted Histories: Early Maori Figurative Painting*, Auckland University Press, Auckland.

Onuki, Y.

- 1993 Las actividades ceremoniales tempranas en la cuenca del alto Huallaga y algunos problemas generales, en: L. Millones y Y. Onuki (eds.), *El mundo ceremonial andino*, *Senri Ethnological Studies* 37, 69-96, Osaka.

Patzschke, R.

- 2008 Die Graffiti der Formativzeitlichen Anlage von Sechín Bajo und ihre zeitliche Einordnung, tesis de doctorado, Fachbereich Geschichts- und Kulturwissenschaften, Philosophische Fakultät, Freie Universität Berlin, Berlin.

Pimentel, V.

1986 *Felszeichnungen im mittleren und unterem Jequetepeque-Tal, Nord-Perú/Petroglifos en el valle medio y bajo de Jequetepeque, norte del Perú*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 31, C. H. Beck, München.

Pimentel, V. y C. Chapdelaine

2007 El estado Moche del sur y el valle de Santa: expansión, invasión y migración. Informe del Proyecto Arqueológico PSUM (Proyecto Santa de la Universidad de Montreal), octubre, noviembre y diciembre de 2006, informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.

Pozorski, T. G. y S. G. Pozorski

1992 Early Stone Bowls and Mortars from Northern Perú, *Andean Past* 3, 165-186, Ithaca.

Rowe, J. H.

1962 *Chavín Art: An Inquiry into its Form and Meaning*, The Museum of Primitive Art, New York.

Samaniego, L.

2007 Punkurí: proyecto cultural, *Península* 17, edición especial, Chimbote.

Shady, R.

2008 La civilización de Caral: sistema social y manejo del territorio y sus recursos. Su trascendencia en el proceso cultural andino, en: P. Kaulicke y T. D. Dillehay (eds.), *Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Primera parte*, *Boletín de Arqueología PUCP* 10 (2006), 59-89, Lima.

Tellenbach, M.

1986 *Die Ausgrabungen in der formativzeitlichen Siedlung Montegrande, Jequetepeque-Tal, Nord-Perú/Las excavaciones en el asentamiento formativo de Montegrande, valle de Jequetepeque, en el norte del Perú*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 39, C. H. Beck, München.

Tello, J. C.

1923a Wira-Kocha, *Inca* 1 (1), 93-320, Lima.

1923b Wira-Kocha, *Inca* 1(3), 583-606, Lima.

1942 Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas, en: *Actas y Trabajos Científicos del 27.º Congreso Internacional de Americanistas, Lima, 1939*, vol. 1, 589-720, Lima.

1956 *Arqueología del valle de Casma. Culturas: Chavín, Santa o Huaylas Yunga y Sub-Chimú. Informe de los trabajos de la Expedición Arqueológica al Marañón de 1937*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

1960 *Chavín: cultura matriz de la civilización andina. Primera parte*, Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello 2, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Wallace, D. T.

1962 Cerrillos, an Early Paracas Site in Ica, Perú, *American Antiquity* 27 (3), 303-314, Salt Lake City.

Waterson, R.

1990 *The Living House. An Anthropology of Architecture in South-East Asia*, Oxford University Press, Singapore/Oxford/New York.

Wheatley, P.

1971 *The Pivot of the Four Quarters: A Preliminary Enquiry into the Origins and Character of the Ancient Chinese City*, Aldine Publishing Company, Chicago.